

XCIII.

Ponedle á la codicia un freno duro,
 Y á la ambicion tambien, que indignamente
 Mil veces os sumerge en el oscuro
 De tiranía vil vicio insolente.
 Porque la pompa vana, el oro impuro,
 Verdadero esplendor no da á la gente,
 Y es mejor merecerlo sin tenerlo,
 Que llegarlo á tener sin merecerlo.

XCIV.

Dad, en paz, justas leyes y constantes
 De grandes no en favor, sino de buenos:
 Ó vestíos las armas rutilantes
 Contra el poder de inicuos Sarracenos:
 Y hareis los reinos vastos y pujantes,
 Y todos tendreis más, y nadie menos;
 Y poseereis riquezas merecidas,
 Con honra, que es la vida de las vidas.

XCV.

Y hareis preclaro al Rey que amais celosos,
 Ora con los consejos bien pensados,
 Ora con las espadas, que gloriosos
 Os harán, como allá vuestros pasados:
 Ni asuntos hallareis dificultosos:
 Quien quiso, siempre pudo; así contades,
 Sereis entre los héroes conocidos
 Y en esta isla de Vénus recibidos.

LOS LUSIADAS.

CANTO DÉCIMO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMO.

Convite de Tétis á los descubridores: cancion profética de la ninfa, en que bosqueja rápidamente las principales conquistas y hazañas de los Virreyes, Gobernadores, y caudillos Portugueses hasta don Juan de Castro: sube Tétis con Gama y los demas á un monte, desde el cual le muestra las esferas celeste y terrestre: descripcion del orbe, especialmente del Asia y del Africa: salen los navegantes de la Isla, y continuando su viaje, llegan felizmente á Lisboa, y ofrecen al Rey el resultado de sus trabajos: invocacion, consejos y ofrecimiento que le hace el Poeta de cantar sus hechos, si emprende las gloriosas empresas que le vaticina, y que anuncia su espíritu generoso.

LOS LUSIADAS.

CANTO DÉCIMO.

I.

De la adúltera, en esto, Lariséa
Guiaba el amador sus animales
Hácia el lago feliz dó señoréa
Tierras Temistiton occidentales:
El grande ardor del sol Fabonio oréa,
Con soplo que en los tanques naturales
Crespa el agua serena, despertando
Lirio y jazmin que yacen dormitando.

II.

Entonces de las manos los amantes
Cogidos, y conformes; y rientes,
Subian á las salas rutilantes,
Ricas de argenterías relucientes,
Dispuestas por la Reina, que abundantes
Mesas de altos manjares escelentes
Les dispone, restáuro á la flaqueza
De la cansada al fin naturaleza.

III.

Allí en sillas se sientan cristalinas
 Todos, de dos en dos, amante y dama;
 Y á su cabeza, en otras de oro finas
 Está con la alta diosa, el claro Gama.
 Los manjares y especies peregrinas
 Que atras dejan de Egipto antigua fama,
 Se acumulan en anchos platos de oro,
 Venidos del Atlántico tesoro.

IV.

Los vinos odoríferos que encima
 De las mesas se ven, no de Falerno,
 De la Ambrosía son que tanto estima
 Jove en el divo coro sempiterno;
 Los vasos de labor dó no entra lima,
 Alzan crespas espumas que á lo interno
 Del corazon dan súbita alegría,
 Saltando misturadas de agua fria.

V.

Mil pláticas alegres se contaban:
 Dulce risa sutil, dicho jocundo,
 Entre uno y otro plato, despertaban
 Apetito y contento sin segundo:
 Y acordes instrumentos resonaban,
 Que á las desnudas almas del profundo
 Hicieran suavizar la eterna pena,
 La voz siguiendo de inmortal Sirena.

VI.

Cantaba la deidad, y á los acentos
 Que por los altos techos van sonando,
 En consonancia igual los instrumentos
 Siguen suaves, sus tonos concertando:
 Ponen silencio súbito los vientos,
 Y hacen ir mansamente murmurando
 Las aguas, y en las casas naturales
 Aduermen á los fieros animales.

VII.

Con dulce voz levanta al Empiréo
 Altos varones que vendrán al mundo,
 Cuyas nobles figuras vió Protéo
 En vano globo diáfano y rotundo,
 En sueño concedido á su deseo
 Por Jove, y él despues al mar profundo
 Lo dijo, en vaticinio, y la memoria
 Guardó esta ninfa de la clara historia.

VIII.

Asunto es alto, y de valor no poco,
 Lo que aprendió la ninfa en el gran lago,
 Como Jopas un tiempo, ó Demodoco
 El uno en la Feácia, otro en Cartago.
 Hora, Caliópe mia, aquí te invoco
 De este trabajo al fin, para que en pago
 Me des de lo que escribo (¿qué pretendo?)
 El gusto de escribir, que voy perdiendo.

IX.

Van los años corriendo, y del estío
 Me queda espacio que pasar pequeño:
 La Fortuna mi ingenio torna frío,
 Y ya en jactarme de él no pongo empeño:
 Los disgustos me van llevando al río
 Del negro olvido y del eterno sueño:
 Mas dame tú cumplir, Musa del canto,
 Lo que debo á mi patria, que amo tanto.

X.

Cantaba la doncella que vendrian
 Del Tajo, por los mares que abrió Gama,
 Flotas que las riberas vencerian
 Por dó el Índico Océano se derrama;
 Y que los Reyes que negar querrian
 Al yugo su cerviz, la ardiente llama
 Del valor probarian duro y fuerte,
 Hasta rendirse ó recibir la muerte.

XI.

Cantaba de uno, entre altos Malabares,
 Gran sacerdote de sus cultos rudos,
 Que solo por guardar los singulares
 Que estrechó con nosotros caros nudos,
 Sufrirá ver sus campos y lugares,
 Con incendios, furor y horrores crudos,
 Servir de pasto al Samorim potente,
 Por odio inmenso hácia la Lusa gente.

XII.

Y canta cómo pronto le llegare
 De Belém á este mal remedio sano
 Cuando, sin conocerlo, el mar llevare
 Al gran Pacheco, Aquiles Lusitano.
 Su peso sentirá cuando empujáre
 La vasta móle al férvido Océano
 Los troncos que en el mar quejas exhalan,
 Porque contra natura allí los calan.

XIII.

Y llegado á las playas Orientales,
 Y del Rey de Cochim dejando al brio
 Ayuda, y á sus pocos naturales
 En brazos del salado y corvo río,
 Hará estrago en los Naires infernales,
 De Cambál en el paso, dando frío
 Miedo al ardor inmenso del Oriente
 De ver que tanto obró tan poca gente.

XIV.

Llamará el Samorin más gente nueva:
 De Bipúr vendrá el Rey, y el de Tanores:
 Vendrán los de Narsinga, que alta prueba
 Prometerán de esfuerzo á sus señores:
 Hará que todo Naire, en fin, se mueva
 Morador de Calcúta á Cananores,
 Y que al comun contrario hagan la guerra
 Moros por mar, Indianos por la tierra.

XV.

Y por tierra y por mar desbaratando
A todos otra vez Pacheco erguido,
La grande multitud que irá matando,
Entero al Malabar tendrá aturdido;
Y volverá el Gentil de nuevo, dando
Combate tras combate enfurecido,
Injuriando á la paz y haciendo votos
A sus dioses que vé sordos é inmotos.

XVI.

Y no solo en defensas y reparos
Lidiará, mas quemando templos, casas;
É inceso el cán de rabia, al ver preclaros
A los que sus ciudades dejan rasas,
Hará que los de vida poco avaros,
Por dós pasos aun tiempo, con sus masas
Embistan á Pacheco que, corriendo
De una á otra, lo irá todo rompiendo.

XVII.

Canta que el mismo Rey irá en persona
A ver la lid por que á su gente anime:
Mas que un rugir tronante de Belona
Le tiñe en sangre, y su furor reprime.
Que no hay defensa á la imperial corona,
Ni resistencia que Pacheco estime:
Y apresta el Samorin artes, venenos;
Mas Dios lo quiere, y cada vez va á menos.

XVIII.

«Que por séptimo impulso irá (cantaba)
A combatir con el valiente Luso,
A quien ningun esfuerzo pone traba,
Aunque este solo le pondrá confuso:
Que traerá el Rey para la pugnà brava
Máquinas de maderos, fuera de uso,
Para romper los barcos y altas trabes,
Hasta allí invictos á las Máuras naves.

XIX.

»Que llevará por mar artes de fuego,
Para abrasarle cuanta armada tenga:
Mas que del Luso la pericia luego
Hará vanas las furias con que venga.
Que ningun varón claro en marcial juego,
Que en alas de la fama se sostenga,
Á este alcanza, que el puesto á todos toma,
Y perdonen ilustres Grecia y Roma.

XX.

»Porque tantas batallas sustentadas
Por él, con pocos más de cien soldados,
Contra tantas malicias inventadas:
Tantas gentes y pueblos dominados,
Parecerán, ó fábulas soñadas,
O que los altos coros invocados
Bajaron y le dieron compañía,
Esfuerzo y fuerza, ingenio y valentía.

XXI.

»Que ni aquel que en los campos Maratonios
De Darío el poder destroza y hiende,
Ni el que con cuatro mil Lacedemonios
Las estrechas Termópilas defiende:
Ni el jóven Cocles, prez de los Ausonios,
Que con el Tusco ejército contiene
El puente al sostener, ni Quinto Fabio
Fue cual este en la guerra fuerte y sabio.»

XXII.

Mas la ninfa el acento aquí canoro
Apaga y muda en ronco, entristecido.
Cantando en baja voz, envuelto en lloro,
El esfuerzo inmortal no agradecido;
Y dice: «¡Oh Belisario, que en el coro
De las Musas serás siempre aplaudido!
Si en tí viste abatir al bravo Marte,
Tienes ya con quien puedas consolarte.

XXIII.

»Compañero aquí ves, así en los hechos,
Como en el galardón injusto y caro:
En tí y en él veremos altos pechos
Bajar á estado de vileza raro.
¡En hospicios morir y humildes lechos
Los que al Rey y á la ley sirven de amparo!
Esto los Reyes hacen, cuyo gusto
Manda más que lo digno y que lo justo.

XXIV.

»Esto los Reyes hacen que sumidos
En falso bien están que los contenta:
¡Dar los trofeos de Áyax merecidos,
De Ulises á la lengua fraudulenta!
Y los bienes así mal repartidos,
Por quien solo de halagos se alimenta,
No otorgados á sabios caballeros,
Van á parar á torpes lisonjeros.

XXV.

»Mas tú, por quien quedó tan mal pagado
Tal hombre ¡oh Rey! inicuo en esto solo,
No fuiste para darle honroso estado
Al que un reino te dió de polo á polo.
Mientras el mundo fuere circundado
(Yo te lo afirmo) por la luz de Apolo,
El será entre las gentes grande y claro,
Y tú tenido por cruel y avaro.

XXVI.

»Mas ve otro (cantaba) que va honrado
Con nombre real, y que llevó consigo
Un hijo, que en el mar será ilustrado
Tanto como el mayor Romano antiguo:
Ambos darán, con fuerte brazo armado,
A Quíloa fértil áspero castigo,
Lanzando fuera á pérfido tirano,
Y Rey estableciendo fiel y humano.

XXVII.

»Y tambien á Mombaza, que se arrea
De nobles casas, de altos edificios,
Deshecha dejará, quemada y fea,
Por mor de sus antiguos maleficios:
Y despues en la costa que campea
De barcos enemigos y artificios,
Contra el Luso, con velas y con remos,
Hará Lorenzo de valor estremos.

XXVIII.

»En altas naos del Morim potente,
Que llenan aire y mar de férrea pella
Que despide tronando el bronce ardiente,
Hará en mástil y borda estrago y mella:
Y echando garfios luego osadamente
En la enemiga Capitana, en ella
Saltará y dejarála, á arpon y espada,
De cuatrocientos Moros despejada.

XXIX.

»Mas de Dios la escondida providencia,
Que sabe sola á quien el bien reserve,
Le pondrá dó ni esfuerzo ni prudencia
Podrá haber que la vida le conserve.
En Chaúl, donde en sangre y resistencia
El mar todo con fierro y fuego hierve,
Le harán que á vida más dichosa vaya,
Las armadas de Egipto y de Cambaya.

XXX.

»De enemigos sin fin que allí acudieron,
De la mar que contraria les ofende,
Del viento que faltó rendir se vieron,
Que solo así tanto valor se prende.
Alcense aquí los héroes cuantos fueron:
Vengan á ver virtud, que aquí se aprende:
Scévola nuevo es este que, rompido,
Antes quiere ser muerto que rendido.

XXXI.

»Con todo un muslo roto, que en pedazos
Le lleva un ciego tiro que pasaba,
Se sirve aún de los valientes brazos,
Y del gran corazon que le quedaba:
Hasta que otro fatal rompe los lazos
Con que el ánima al cuerpo se ligaba,
Y ella, suelta y felice, sube ahora
A dó libre se encuentra y vencedora.

XXXII.

»Vete, alma, en paz de guerra turbulenta,
En la cual mereciste luz serena,
Que el cuerpo que en pedazos se presenta
A aquel que le engendró venganza ordena,
Y oigo ya que retumba la tormenta
Que trae la dura indeclinable pena
De esperas, basiliscos y trabucos,
A cambáicos y atroces Mamelucos.

XXXIII.

»Ved ya al padre venir con brio horrendo,
 Pena y furor trayendo por antojos,
 Con que el paterno amor le está moviendo
 Fuego en el corazon, llanto en los ojos:
 Ya su espada le viene prometiendo
 Mares de sangre y bárbaros despojos
 De la flota gentil; la siente el Nilo:
 La escucha el Indo, el Ganges ve su filo.

XXXIV.

»Como el ocioso toro, que se ensaya
 A la pelea, el cuerno experimenta
 En el tronco de duro roble ú haya,
 Y al viento hiriendo así las fuerzas tienta;
 Tal, antes que en el seno de Cambaya
 Entre Francisco airado, en la opulenta
 Dabúl afila su cuchilla impía,
 Humillando su tímida osadía.

XXXV.

»De Dío entrando luego en la ensenada,
 Ilustre en cerco y lides por estremo,
 Dispersará la grande y flaca armada
 De Calcut, que por lanza tiene el remo;
 Y á la del Yaz Melique acautelada,
 Con los que forja Múlciber supremo,
 La echará al frío y devorante fondo,
 Duro lecho y secreto del mar hondo.

XXXVI.

»Mas la de Mir-Hocem, que bravoneando
 Aguardará á los fuertes vengadores,
 Verá brazos y piernas ir nadando
 Sin cuerpos, por la mar, de sus señores;
 Rayos de fuego irán representando,
 En su inmenso furor, los domadores:
 Cuanto allí sentirán ojos y oidos,
 Será llamas, y estruendos, y alaridos.

XXXVII.

»Mas ¡ah! que de esta próspera victoria
 Que llegará despues al patrio Tajo,
 Casi le robará la insigne gloria
 Un suceso fatal que triste atajo!
 El Tormentorio cabo la memoria
 Guardará con sus huesos, sin trabajo.
 Apagando aquel ánimo terrible
 Que á India toda y Egipto fue invencible.

XXXVIII.

»Allí Cafres podrán sin artificios
 Lo que diestros contrarios no pudieron,
 Y harán, con fuego y palos, maleficios
 Que flecha y globos térvidos no hicieron.
 ¡Oh del cielo qué ocultos son los juicios!
 Los que, vanos, jamás los comprendieron,
 Signo suelen llamar, desdicha oscura,
 La que solo es de Dios voluntad pura.

XXXIX.

»Mas ¿qué fulgor tan grande allí distinto
 (Decia, y la voz clara levantaba)
 De Melinde en el golfo, en sangre tinto,
 Aparece, y en Lamo, y Hoja, y Brava,
 Y por Cuña tambien—que nunca extinto
 Verá su fuego—ni en el mar que lava
 Islas del Austro, y playa á que da nombre
 Lorenzo, y todo el Sur alto renombre?

XL.

»El brillo de esa luz son las potentes
 Armas con que Alburquerque irá amansando
 De Ormuz los Párseos, por su mal valientes,
 Que rechazan el yugo honroso y blando.
 Allí verán la flechas estridentes
 En el aire chocarse, revirando
 Contra quien las tiró; que Dios peléa
 Por el que de su Iglesia en pro campea.

XLI.

»Allí de sal los montes no defienden
 De corrupcion los muertos en combate,
 Que cuerpos por la playa y mar se tienden
 De Gerum, de Mascate, y Calayate;
 Y á bajar la cerviz tan solo aprenden
 Por la fuerza, y es bien que se les ate
 Con la carga de dar el Indio astuto
 De perlas de Barem rico tributo.

XLII.

»¡Oh qué gloriosas palmas tejer miro
 Que en ofrecerle la ocasion no tarda,
 Cuando sin miedo y sin perder respiro,
 De Goa rinde la ínsula gallarda!
 Cediendo luego de la guerra al giro,
 La deja, y ocasion mejor aguarda
 De tomarla otra vez, que al mismo Marte
 Vencerán y á la suerte esfuerzo y arte.

XLIII.

»Y ya vuelve sobre ella, y va rompiendo
 Por muros, fuego y tiros mil sonoros,
 Abriendo con la espada el tan tremendo
 Ejército de Indios y de Moros;
 E irán los Lusos ínclitos haciendo
 Más que hambrientos leones y que toros,
 Dando honor á esa luz, que es la divina
 De la Santa Egipciaca Catalina.

XLIV.

»Ni evitar tú podrás tu suerte triste,
 Aunque rica te encuentres y asentada
 De la Aurora en el gremio dó naciste,
 Opulenta Malaca celebrada:
 Las flechas veneníferas que hiciste,
 Los crisos de que ya te miro armada,
 Y amorosos Malayos, Faos valientes,
 Todos al Luso doblareis las frentes.»

XLV.

Aun cantando siguiera esta sirena
 En loor del clarísimo Alburquerque:
 Mas le asaltó un sentir que le condena,
 Aunque su nombre al mundo todo cerque.
 El grande Capitan que el hado ordena
 Que gloria eterna con trabajos merque,
 Más que juez á los suyos duro, entero,
 Ha de serles benigno y compañero.

XLVI.

Pues en tiempos que males y aspereza,
 Hambres, flechas, dolor, globos ardientes,
 Y el cielo y la estacion hacen crudeza
 En soldados bizarros y obedientes,
 Parece de selvática fiereza,
 De pechos inhumanos é insolentes
 Penas extremas imponer por culpa
 Que flaca humanidad, que amor disculpa.

XLVII.

Que el mal, no siendo abominable incesto,
 Ni estupro de violencia en vírgen pura,
 Ni tampoco adulterio deshonesto,
 Sino en esclava vil lascivia oscura:
 Entonces si el varon, por mal dispuesto,
 O dado á crueldad soberbia y dura,
 El furor con los suyos no escasea,
 Pone en su limpia fama tacha fea.

XLVIII.

Vió á Apeles Alejandro enamorado
 De su Campaspe, y dióselo riente,
 No siendo su fielsísimo soldado,
 Ni viéndose en temor duro y urgente.
 Conoció Ciro que era devorado
 Araspe por Pantéa en fuego ardiente,
 Cuando en guarda teniéndola, ofrecia
 Qué no deseo vil le venceria.

XLIX.

Mas viendo el persa insigne que vencido
 Fué por amor, que todo lo atraiciona,
 Fácil perdon le otorga y fue servido
 Dél, salvándole en pago la corona.
 De Judit á la fuerza fue marido
 El férreo Baldovino, y lo perdona
 Su padre Cárlos, puesto en cosas grandes,
 Dejándole que viva y pueble á Flandes.

L.

La ninfa prosiguiendo el largo canto,
 A Suarez ensalzó, que sus banderas
 Haria tremolar, llevando espanto
 A las rojas Arábigas riberas.
 Que de él Medina infiel temblará tanto,
 Cuanto Meca y Gidá, con las postreras
 Playas de Abásia; y no del mal se exime
 Barberá, de que el Zeile emporio gime.

LI.

Que tambien la noble isla Taprobana,
Ya por el nombre antiguo tan famosa,
Cuanto soberbia ahora y soberana
Con su corteza cálida, olorosa,
Dará tributo de ella á la Lusiana
Bandera, cuando escelsa y victoriosa
Allá en Columbo flotará en la erguida
Torre, que es de los suyos tan temida.

LII.

Que Sequeira, las ondas Eritrenas
Dividiendo, abrirá nuevo camino
Al imperio, que cuenta como arenas
Los que en Subá y Candáx plegan su lino.
A Macuá, con cisternas de agua llenas
Verá y al puerto Arquico, allí vecino;
Y haciendo descubrir islas remotas,
Maravillas al mundo dará ignotas.

LIII.

«Y tú, Meneses (canta), cuyo fierro
Más que en India fue en África probado,
Castigarás de Ormuz soberbia el yerro,
Con hacerla tributo dar doblado;
Y tú, gran Gama, en pago del destierro
En que una y otra vez fuiste apartado,
Con título de Conde irás ¡Ay triste!
La tierra á gobernar que descubriste.

LIV.

»Mas el forzoso término venido,
Que no conjuran súplicas y amaños,
Con regia dignidad esclarecido
Te sacará del mundo y sus engaños.
Otro Meneses luego, más crecido
En razon y prudencia, que no en años,
Gobernará: tú harás, dichoso Enrique,
Que glorioso tu nombre se publique.

LV.

»No solo doma tercios Malabares,
Destruyendo á Panáne y á Coulete,
Y vence daños y artes militares,
Que solo el pecho hieren que acomete,
Sino que con virtudes singulares
Vence del alma á los contrarios siete,
Y á la codicia y viva incontinencia,
Que es por cierto, en su edad, alta escelencia.

LVI.

»Mas despues que los astros le llamaren,
Tú obtendrás, Mascareñas, su respeto;
Y aunque injustos el mando te quitaren,
Que tendrás fama eterna te prometo;
Y que tus mismos émulos declaren
Tu valor; que del hado es el decreto
Que gobiernes de palmas coronado,
Más que de suerte justa acompañado.